

NI EL DIVINO SALVADOR SE ATREVE A SALIR A LA CALLE



Hoy hubiera sido el día de la solemnísimas bajada, en la que una gran muchedumbre se debiera haber reunido, como todos los años en la víspera de la Transfiguración, ~~una gran multitud de fieles~~ en torno al Patrono de la República. Pero el domingo pasado en la homilía Monseñor Rivera anunciaba con perplejidad la suspensión de esta tradicional concentración de fieles capitalinos en las calles y plazas de San Salvador. La razón que dio Monseñor fue que es tal la tensión entre los ciudadanos, está el temor tan a flor de piel, que no era prudente exponer al pueblo a nuevos y graves peligros de muerte. Ya el pasado domingo de Ramos, con ocasión del entierro de Monseñor Romero, ocurrió una catástrofe de enormes consecuencias por culpa de quienes no quieren ver reunido al pueblo, cuando el pueblo encuentra sus raíces más auténticas, sus símbolos más esclarecedores. Lo curioso del caso fue que, para sorpresa de propios y extraños, el público congregado en la Catedral aplaudió la propuesta y las razones que daba Monseñor Rivera, para que no saliese en el día de hoy la tradicional procesión.

Hoy queremos decir periodística y políticamente lo mismo, queremos sacar las conclusiones de esta suspensión de la bajada. Y nada se nos ha ocurrido mejor para titular nuestro comentario que decir: "ni el divino Salvador se atreve a salir a la calle". No se atreve a salir, ~~en~~ primer lugar, porque el pueblo no está estos días para fiestas; estamos en adviento o en cuaresma, no estamos todavía en navidad o en pascua. Así pareció entenderlo el pueblo con sus aplausos. Cuando las calles están ocupadas por las tropas, cuando bandas de uniformados van rastreando cantones y caseríos, cuando la tropa y ORDEN se abaten sobre el cerro de Guazapa en busca de unos guerrilleros que nunca encuentran y con la huida y muerte de niños, ancianos y mujeres... cuando todo esto ocurre, no se puede estar de fiesta.

Ni el pueblo ni el divino Salvador se atreven a salir a la calle, en segundo lugar, porque tienen miedo. El miedo y la desconfianza se han apoderado de la na-



ción. De nada sirve que el Alto Mando asegure a la ciudadanía honrada, que nada tienen que temer, que la Guardia, la Policía y el Ejército están a su servicio y defensa. O ya no hay ciudadanía honrada y todos se han convertido en subversivos o los Cuerpos de Seguridad ya no ofrecen confianza alguna. Los campos de fútbol están vacíos, los coliseos deportivos semidesiertos. No se han atrevido a venir los equipos invitados en el exterior. Los cines y los restaurantes tienen que cambiar sus horas nocturnas, para ver si consiguen algún número mayor de usuarios. El campo de la feria está ruidoso, pero^{no} por la gente que asiste a él sino por el volumen de los parlantes. La gente que no ha huido del país, prefiere pasar las fiestas en sus casas, no vaya a ocurrirle algo.

Y, en tercer lugar, no salen a la calle ni el pueblo ni el divino Salvador porque están profundamente descontentos de la actual situación. En el sexto mes de Estado de Sitio, que hoy comenzamos, no se ha podido pacificar el país, no se ha podido desarrollar el país. Quizá llegemos a estar mejor, pero hoy por hoy estamos peor que nunca. Nunca hubo tantos parados, nunca hubo tantos muertos, nunca hubo tanta tropa y tanto enfrentamiento. La Universidad de El Salvador permanece cerrada y las autoridades oficiales no explican ni siquiera lo que están pensando hacer con ella: si abrirla o no, si con estas o con otras autoridades. Los cursos escolares no van a poder terminarse en Octubre, porque en muchos planteles se ha trabajado apenas dos meses, cuando debían haberse trabajado seis. Estamos en pleno desastre nacional a la espera de que al menos se salven las cosechas.

Por todo ello y como signo de dolor y protesta, bien está que no salga el divino Salvador a la calle, una calle desesperada y sanguinolenta. Ya vendrán días mejores, cuando el pueblo y su patrono puedan festejar una tierra nueva, en que sea el pueblo dueño de su propio destino, en que la sangre sea sudor fructífero, en que la injusticia y la represión dejen su lugar a la libertad y a la paz. Cuando esto suceda el divino Salvador podrá bajar de nuevo a las calles y será acompañado jubilosamente por el pueblo.